

Premio El Barco de Vapor Biblioteca Luis Ángel Arango: diez años de descubrimientos en la literatura infantil colombiana

EN ESTE artículo se hace una reflexión sobre el significado del Premio de Literatura Infantil y Juvenil El Barco de Vapor-Biblioteca Luis Ángel Arango, que sin duda abrió, durante la década 2007-2017, nuevos horizontes en la literatura infantil colombiana, reanimándola con una oferta literaria diversa que se presta para múltiples análisis, si bien aquí nos concentraremos en tres temas: describir los orígenes de la alianza entre la Fundación SM y el Banco de la República, destacar las tendencias estético-narrativas que predominan en los diez relatos ganadores, y valorar el modo como el premio fortalece el ecosistema del libro infantil en Colombia.

El barco llega a buen puerto

El Barco de Vapor es considerado uno de los galardones literarios más importantes en lengua española. Creado en 1978 por la Fundación SM de España, permitió el surgimiento de un notorio grupo de autores ibéricos que se profesionalizó y pudo ver cómo sus obras ganaban reconocimiento masivo al punto de llegar a tirajes de medio millón de ejemplares. Pero también lo han ganado autores latinoamericanos que abrieron el camino para que las realidades y las utopías de estos países fueran conocidas por los niños españoles. Una de las grandes que ha sido reconocida por el premio es la colombiana Gloria Cecilia Díaz, quien lo ganó en 1985 con su bello relato *El valle de los Cocuyos*.

En 2007, la Fundación SM contactó a la subgerente cultural, Ángela Pérez, y a la directora de la Biblioteca Luis Ángel Arango, Margarita Garrido, con el ánimo de formalizar un convenio que facilitara la creación del premio en Colombia. La convocatoria para la primera versión del premio se cerró en enero de 2008 y la divulgación se hizo a través de las áreas culturales de las 29 bibliotecas de la red del Banco de la República. En total, se recibieron 170 manuscritos provenientes de más de cien municipios del país, lo que reflejó el interés que existía por la producción literaria dirigida a los niños. Como muestra del rigor en su organización, los manuscritos pasaron por varios filtros de evaluación siempre acompañados por una auditoría externa. Un jurado compuesto por cinco expertos dio su veredicto en mayo de 2008: el libro ganador fue *Patricio Pico y Pluma en la extraña desaparición del doctor Bonett*, escrito por la periodista María Inés McCormick, quien recibió 10.000

dólares y el anuncio de que el libro sería publicado por Ediciones SM Colombia.

Comenzaba, entonces, la navegación del Barco de Vapor en otras tierras y bajo el anuncio de ilusionantes promesas.

Tendencias narrativas

El humor como lugar de liberación

Tres de los libros ganadores, *Patricio Pico y Pluma en la extraña desaparición del doctor Bonett* (2009), *James no está en casa* (2010) y *Por favor, ¡no leas este libro!* (2015), son de carácter humorístico. Vale la pena resaltar este hecho, porque para los niños el humor es el azúcar de los libros: constituye un puente ideal para acercarlos a la lectura. Primero que todo, porque los hace felices. Segundo, porque les permite descubrir los pliegues del idioma, los dobles sentidos, las comillas irónicas. Tercero, porque los dispone al diálogo con sus pares y también con los adultos. Cuarto, porque así se concentran en los textos sin distraerse. En definitiva, el humor les enseña los dos lados de la realidad: el lado serio y el otro, su burla.

En *Patricio Pico y Pluma*, de María Inés McCormick, el niño lector literalmente es cercado por la risa. Todo resulta disparatado en este relato policíaco, de corte fantástico: los personajes, la trama, los ambientes. Un pato se niega a volar hacia el sur, en rebeldía contra su padre burgués, pero acaba envuelto en una aventura delirante que lo lleva a China y a Rusia, al unirse a un grupo de animales chiflados que necesitan rescatar a su psiquiatra. Hay espías, peleas, persecuciones, declaraciones de amistad y amor en medio de los peligros, incluido el del forzado travestismo:

—Patricia es una chica muy sensible —intervino el oso perezoso inventando una excusa—. Además su exnovio era policía. Se iban a casar y el tipo la dejó metida para irse con otra. La pobre Patricia casi se vuelve loca. De hecho, hicimos este viaje para subirle el ánimo. (p. 149)

Los niños, literalmente, no se desprenden del libro hasta terminar las casi doscientas páginas. El de *Patricio Pico y Pluma* es un humor inteligente, bogotano como la autora, centrado en el retruécano y la parodia verbal, sumado a un carnaval de emociones donde los niños sienten empatía por estos personajes “raros” que, como ellos, luchan contra sus propios miedos riéndose.

En *James no está en casa*, Constanza Martínez acude a un humor más contenido, cercano a la comedia gringa de situaciones. Gabriel, un niño de diez años de clase media, vive aburrido de tener que hacer los deberes diarios, hasta cuando tiene la oportunidad de conocer a un mayordomo inglés que le llega como regalo incluido en una lavadora. “A partir de ahora, estoy enteramente a su servicio” (p. 11). Los dos compinches, fiel reflejo de don Quijote y Sancho, conversan mucho y se aconsejan mutuamente. De fondo, la madre, que también es maestra de su hijo en el colegio, intenta manejar los hilos de una realidad que por momentos se le escapa.

En *Por favor, ¡no leas este libro!*, de John Fitzgerald Torres, el humor es resultado de una paradoja: la lectura, que puede servir como viaje a la fantasía, lo es en este

caso, pero a un abismo, el de la propia desesperación. Obligado, Lorenzo debe leer durante una semana de vacaciones un libro sobre el que la profesora seguramente pedirá un resumen. El humor nace del choque entre el deseo y la realidad.

Leer, odio leer. Creo que siempre he tenido ese problema, si es que se puede considerar un problema. Haciendo memoria, creo que el asunto empezó con la profesora Angélica, de Primero A, cuando yo tenía como seis años (...). Por alguna razón que no lograba entender, la profesora Angélica —o Demónica, como había resuelto llamarla sin decirselo a nadie— suponía que a esas alturas de Primero todos debíamos saber leer de corrido, y entonces cada mañana nos inauguraba con una maratón de lectura que me ponía a sudar desde la noche anterior porque, por supuesto, yo era el primero en la lista. (pp. 11-12)

La realidad es que estas prácticas de oralización forzada de los textos sirven para desestimular la lectura; el deseo es que exista una escuela sin libros. El buen Lorenzo con sus burlas, mentiras y evasivas solo se plantea un dilema que está en el centro de la teoría psicoanalítica: ¿por qué no todo es placer?

Los tres personajes, Patricio, Gabriel y Lorenzo, se rebelan contra formas de opresión diversas: el padre, la escuela y la realidad. La forma de enfrentar estos poderes es a través del chiste, la ironía o la parodia, es decir, del lenguaje. Los niños lectores sienten las angustias de los personajes como propias y su forma de liberación es la que asumen sus héroes: la risa. La literatura finalmente cumple su papel como lugar de fuga, de evasión, vieja consigna del rey del humor en la literatura para niños, el británico Roald Dahl.

La guerra colombiana contada a los niños

260.000 muertos, 27.000 secuestros, más de 2.000 masacres, 8.000 niños reclutados para la guerra, 7.000.000 de desplazados. Son las cifras del conflicto armado en Colombia entre 1964 y 2012 (CNMH, 2013). ¿Cómo contarles esta tragedia a los niños? Una mirada conservadora de la literatura infantil habría sugerido que era mejor ocultarlo. Sin embargo, valientemente varios escritores le ponen la cara al asunto y se comprometen en una tarea estética retadora: crear historias que les permitan a los niños empezar a comprender la dimensión del horror que causaron los adultos en medio siglo de odio. “Mostrar una Colombia dolorosa”, como dijo Gerardo Meneses en su discurso de premiación en 2011. Tal fue la tarea que el mismo Meneses, Francisco Leal Quevedo e Isaías Romero Pacheco asumieron en *La luna en los almendros* (2012), *El mordisco de la medianoche* (2009) y *El abuelo rojo* (2017), respectivamente.

Estas novelas ganadoras del premio son de corte realista crítico (Rama, 2006, p. 85), lo que quiere decir que cuentan historias desde una perspectiva verista sin asumir posturas demagógicas o partidistas. Al contrario, buscan por diversos medios organizar una mimesis que les permita a los niños lectores conocer hechos relacionados con la violencia, sin que estos constituyan el foco narrativo y ganen el morbo y la sangre. Leal, Meneses

y Romero tuvieron en cuenta el llamado que García Márquez hizo en un artículo periodístico alrededor de la novela de la Violencia en Colombia. El Nobel señaló que el más grave error cometido por los novelistas que retrataron la atroz guerra entre liberales y conservadores, en los años treinta y cuarenta del siglo pasado, fue hacer un “exhaustivo inventario de los decapitados, los castrados, las mujeres violadas, los sexos esparcidos y las tripas sacadas” (2014).

Con recursos narrativos estudiados, que incorporan la lección garciamarquiana, los tres autores logran sortear las dificultades creando personajes inolvidables, tramas de gran verosimilitud con fuertes elementos de suspenso y atmósferas que involucran a los niños como lectores activos.

En *El mordisco de la medianoche*, Francisco Leal marca un conflicto de clanes familiares entre los wayuu en un viaje que es a su vez exterior e interior para la protagonista, Mile. La niña, que ha sido testigo involuntaria de un contrabando de armas en un puerto guajiro y luego de sufrir un brutal atentado en su ranchería, arrastra a su familia en un episodio de desplazamiento forzado. La pérdida desoladora del arraigo cultural, al tener que huir hacia una comuna pobre en Bogotá, recupera el mito odiseico para los niños y advierte cómo hay que crecer en medio de las adversidades.

“Echaba de menos el enorme solar donde se levantaba la ranchería. Pero lo que más añoraba era ver el mar y esa sensación de inmensidad al mirar el horizonte de su desierto de arena” (p. 68). Mile aprende el español con una maestra solidaria, tiene amigos, trata de entender el mundo de los “alijunas”, pero anhela profundamente volver a su casa wayuu. Su abuela y un palabrero serán claves para dar solución a un conflicto complejo que seguramente parecía insoluble.

Entre tanto, Gerardo Meneses, en su bello y dramático relato de *La luna en los almendros*, se detiene en otro episodio de desplazamiento esta vez causado por el enfrentamiento entre un grupo guerrillero y el ejército en alguna zona rural del sur del país, que acaba por afectar a civiles inocentes, entre ellos la familia de Enrique, el niño protagonista del relato. Al comienzo de la historia, vemos a dos niños que juegan con sus amigos en un pueblo muy pobre asediado por el conflicto armado. Un cilindro con explosivos, probablemente dejado por guerrilleros, se encuentra a pocos metros. Es un aviso de lo que está por venir. El niño narrador nos va contando por qué llegaron a ese pueblo, Los Caracoles, huyendo de la guerra. En un flashback cada vez más intenso vemos cómo la gente de armas, literalmente como la peste camusiana, llega al pueblo donde vivían, El Cedro, y acaba destruyendo toda opción de convivencia y de tejido social. En la humilde escuela de vereda donde el protagonista estudia con su hermano Enrique, adscrita al modelo de Escuela Nueva en el que estudiantes de todos los grados escolares se encuentran en una sola aula bajo la guía de una única maestra, ven pasar a “los Muchachos”, como les llaman a los guerrilleros, y entre ellos a una niña menor de edad, con un enorme fusil que la supera, y de la que el niño narrador se enamora.

En medio de la más terrible tensión nace el afecto y la ternura por alguien desconocido.

La imaginé ya no con el uniforme verde y el fusil al hombro, sino con un vestido amarillo como uno que tenía Ligia, la de tercero. Con el cabello largo y un morral con los cuadernos de la escuela. Hablaba conmigo en la tienda de abarrotes y yo le ofrecía una gaseosa y me contaba que su papá era vaquero y trabajaba en una finca cercana. La imaginé así. Y así hubiera querido encontrarla. (p. 66)

El ciclo de las novelas que tocan el conflicto armado se completa con *El abuelo rojo* de Isaías Romero, la primera novela para niños cuyo tema son las consecuencias en provincia del asesinato del líder liberal Jorge Eliécer Gaitán en Bogotá, el 9 de abril de 1948. En este libro, los niños lectores pueden ver en perspectiva cómo un hecho histórico de hace más de medio siglo sigue marcando el rumbo violento del país. Romero logra transmitir a los lectores el profundo amor entre Marianita y su abuelo Brahim. El abuelo, que había sido tipógrafo en Barranquilla y Sabanalarga (Atlántico), está muy enfermo de los pulmones debido al plomo que emanaba la imprenta. La nieta tiene una fuerte personalidad, es atenta, crítica, y sus comentarios feministas demuestran la influencia de su abuelo revolucionario.

—A mí no me gusta el fútbol —respondió Mariana—, pero sí odio zurcir siempre el mismo trapo. A mí me gusta es el tierrero, poder correr, así sea detrás de esa vieja pelota, y hacer otras cosas, como las que hacen los niños. A ellos sí les dejan hacer lo que quieran. No es justo. (p. 17)

La noticia del asesinato a tiros del “caudillo del pueblo” en una calle céntrica de Bogotá llega a Sabanalarga a través de la radio. El crimen exacerba todavía más el odio entre los seguidores del partido liberal que culpan a los conservadores del homicidio. El horror está por comenzar.

Isaías Romero, hábilmente, crea historias paralelas que permiten al lector tener una idea más clara del entorno de los personajes. Brahim es llamado “turco” como su padre, Medefth, porque este había emigrado de Siria a Colombia y fue quien inició la venta a crédito en la región. Las historias de amor de Medefth, de Brahim y de su hija Merina se entrecruzan con la importancia que tienen el periodismo y la literatura como memoria de una sociedad; de paso hay tiempo para describir las deliciosas comidas y golosinas de la costa Atlántica y destacar la moda femenina. Los niños lectores tienen la oportunidad no solo de ver el significado de una figura política reconocida en la vida intelectual de las personas, sino de reconstruir el entorno social de una región de la costa Caribe colombiana que está a punto de ser fracturada por la violencia.

Las tres novelas sobre el conflicto armado dejan asentados varios logros: predomina el narrador en primera persona, los niños protagonistas ayudan a los adultos a redimensionar la realidad, se aprovechan las elipsis narrativas para no contar explícitamente los crímenes, pero, sobre todo, se hace un homenaje a las víctimas de todo este horror. Los victimarios (paramilitares, guerri-

llos, agentes del Estado) son descritos en pocas líneas y apenas si tienen el rol de personajes secundarios. La investigadora Lillyam González concluye que en estos libros “se presenta un futuro esperanzador, en el que se asume el pasado y se hacen proyecciones a futuro. No se quedan en el regodeo de una historia realista desarrollada en un contexto de represión; superan la denuncia y *se insta a continuar*” (2013, p. 96). Hay, pues, un llamado implícito, tanto a los niños como a los mediadores de lectura, a reconstruir el país después de la tragedia y a dejar una memoria de gran valor estético-literario.

Reconstruir el yo: la respuesta intimista

Conmovedores, es el adjetivo preciso para definir los otros cuatro libros que completan la lista de ganadores del Premio El Barco de Vapor Biblioteca Luis Ángel Arango.

En estos libros, los personajes recreados por niños intentan en un proceso de resiliencia meditado reconstruir el yo después de sufrir una tragedia personal. Este es el tema central en *Se resfriaron los sapos* (2016) de Marcela Velásquez Guiral, *Summer Wine* (2015) de Juan Fernando Jaramillo, y *Adiós, Oscurita* (2018) de Andrea Serna. En *Una carta para Luciana* (2013) de Adriana Carreño Castillo, el propósito es dar una imagen renovada de sí mismo al pasar de ser niño a preadolescente y hallar el primer amor. Los niños lectores, a través de esta lectura, pueden percibir que la literatura tiene un fuerte poder curativo y que ella puede dar pistas para salir del laberinto del dolor o la angustia, porque es a través del lenguaje como el corazón halla vías para aclarar lo oscuro.

En *Se resfriaron los sapos*, desde el comienzo entramos de lleno en una tragedia desoladora. Acaba de explotar una mina subterránea de carbón y allí dentro ha quedado atrapado el papá de los niños protagonistas, Otoniel y Abril. La madre, Ana, uno de los personajes más bellos de la literatura infantil colombiana por su hondura y valentía, trata de evaluar con realismo el daño y de dar esperanza a sus hijos. Durante una semana, en la que se funden la angustia y la expectativa, esta humilde familia hace acopio de fuerzas para enfrentar un final marcado por la muerte.

“Papá, para qué oro, si eres el tesoro de esta casa” (p. 121). Con esta frase llena de dulzura y profundo amor había respondido la niña al padre cuando, unos días antes de la tragedia, este anunció que pronto hallaría oro y serían ricos. La frase hunde al lector en el llanto que sigue a la impotencia. Marcela Velásquez Guiral, en este su segundo libro, marca un hito sobre cómo manejar las emociones extremas en la narrativa para niños y, a la vez, reactualiza el español antioqueño, heredero de Carrasquilla y llevado al delirio por Fernando Vallejo, para dar cuenta de las realidades sociales y económicas de una región tan compleja.

Con otro tono y un registro estilístico decantado en la poesía, *Summer Wine* nos arrastra por un tormento de emociones entre dos niños, Jacobo y Juan Camilo, que han construido una relación de amistad —¿o de amor?— desde los primeros años de primaria hasta séptimo grado. Paso a paso percibimos cómo se construye la

empatía y la felicidad de tener a alguien que se constituye en referente de vida.

“En serio. Usted siempre tiene algo... como un aura que se mueve cuando camina. Cualquier lugar en el que está se llena de eso. Como si transportara su propia atmósfera” (p. 81). Es Jacobo definiendo en un trazo a Juan Camilo. Los dos, a lo largo de los años, descubrirán lo que es crecer, superar los conflictos del colegio, hallar intereses intelectuales, encontrarse en un tema musical oído una y otra vez. De fondo Medellín (la 70, la avenida Oriental, Junín) y Bogotá (la carrera séptima, el centro, el barrio Los Alcázares) sirven de mapa para acompañar las búsquedas de estos dos amigos, búsquedas que súbitamente se detienen cuando Jacobo, en una visita a Juan Camilo, descubre que su compañero inseparable ya no se puede levantar: literalmente una enfermedad lo está minando. La niñez termina, comienza la adolescencia y se avizora otro horizonte de orfandad donde solo la escritura, como forma de asentar la memoria, puede ayudar a que la evocación sea fuego de vida.

También un luto, pero esta vez por la muerte de la mascota amada, pone de manifiesto el valor de la escritura para reconstruirse. Tal es el tema de *Adiós, Oscurita*. Rafaela escribe bellas y poéticas cartas de amor a su perrita Oscurita, cuyos restos están esparcidos por una ladera en el bosque donde solía correr. El brutal golpe que ahogó en tristeza a Rafaela se torna menos doloroso y más comprensible cuando las palabras ayudan a elaborar la resiliencia. Compartidas esas palabras con su amigo Daniel y con su padre, crean un tejido protector para la niña. Ahora puede ver en perspectiva un hecho inédito que no la amedrenta: la muerte es parte de la vida. Lo sabe porque se lo ha dicho el señor muerte, un personaje maravilloso que su mente ha creado como bálsamo para el dolor.

—¿Alguna vez has tenido una despedida? —pregunté con curiosidad.

—He sido testigo de muchas despedidas. Y todas son entrañables —dijo reflexivo el señor muerte. (p. 64)

La escritura de cartas, igualmente, constituye el leitmotiv de *Una carta para Luciana*, relato que hace énfasis en la construcción de la interioridad afectiva. Un niño divertido, Simón Martínez, ciertamente muy comunicativo, acaba enredado cuando intenta acercarse a su amada platónica de una forma poco convencional. Simón ha aprendido, en las cartas que se cruzaron sus padres cuando eran novios, que las palabras escritas tienen un peso particular que debe ser medido con cuidado. Mas estos aprendizajes se van al traste cuando la bendita carta para su amada va a parar a manos de sus amigotes y comienza el caos.

Luciana me toma de la mano, es tan pequeña que no puedo estar seguro de que me toma en verdad. Todo pasa al revés de lo que pensé. La lluvia no me deja oírla bien, no me deja pensar, mis manos no sienten, debo estar pálido y más ojoso que de costumbre, y es difícil explicarle a Luciana que acabo de destruir la carta de amor que escribí para ella. (p. 125)

En esta historia no hay dolor ni enfermedad ni muerte, sí miedo y zozobra, los sentimientos que suelen acompañar al primer amor, más cuando este no es correspondido. El lenguaje nuevamente ayuda a elaborar el propio texto que es uno, a darle una gramática a esa delirante etapa de la vida que es la preadolescencia, a otorgar significado al misterioso y abrumador primer beso.

Un ecosistema que se enriquece

Los premios literarios son fundamentales para fortalecer el ecosistema del libro y propiciar las condiciones que permiten el surgimiento de nuevos autores, a la vez que se enriquecen las temáticas y los géneros narrativos y se construyen nuevos lectores. El Premio de Literatura Infantil y Juvenil El Barco de Vapor - Biblioteca Luis Ángel Arango permitió a diez autores —cinco mujeres, cinco hombres— encontrar un motivo para sentarse a escribir una obra de ficción para niños y jóvenes. El premio de 20 millones de pesos les ha facilitado consolidar condiciones de profesionalización para tener tranquilidad y avanzar en la escritura de nuevas obras, y ganar visibilidad ante los mediadores (docentes, promotores de lectura, padres de familia) que los han presentado a los lectores infantiles y juveniles.

Los escritores empiezan a recibir invitaciones de colegios y escuelas, aparecen en medios y en los planes lectores de las editoriales; sus nombres se vuelven rutinarios en redes sociales, hay expectativa sobre qué estarán escribiendo. Las voces ganan madurez y se exponen públicamente a la crítica. Leen en ferias del libro, adquieren destrezas para ser youtubers, casi a diario conversan con sus lectores, en persona o por chat. Todo esto sugiere el enorme protagonismo que el premio le ha aportado a la literatura colombiana.

La colección El Barco de Vapor se ha enriquecido con nuevos títulos y los ganadores colombianos le dan mayor fuerza al catálogo de Ediciones SM; varios de ellos también son leídos en México, Ecuador, Chile, Perú y Argentina. Igualmente, el premio apalanca el desarrollo de los ilustradores y los diseñadores gráficos que dan forma material a los manuscritos. Destaco en particular las ilustraciones de carátula realizadas por Daniel Rabanal (*La luna en los almendros*), Dipacho (*El mordisco de la medianoche*), Andrezzinho (*Patricio Pico y Pluma*), Powerpaola (*Por favor, ¡no leas este libro!*) y Roger Ycaza (*Adiós, Oscurita*). Cada una de ellas aporta significado al texto escrito y sirve como una llamativa marca de predicción para los niños. Toda esta orquesta ha sido dirigida por la editora María Fernanda Paz-Castillo, que desde 2011 ha estado encargada de mantener el rigor y la calidad del premio.

El premio también ha facilitado conquistar un nuevo grupo de lectores, la mayoría en las instituciones educativas y bibliotecas públicas y escolares, gracias a la presencia de los libros en los planes lectores y a las compras que por licitación pública han hecho los ministerios de Educación y Cultura. Múltiples son los testimonios de afecto de los niños hacia los autores ganadores que con sus obras les han ayudado a crecer, a adquirir destrezas

de interpretación, a ser felices por un momento en medio de tantas brumas que los acosan.

Y los mediadores también han cumplido un rol clave en el desarrollo del premio. Lecturas en voz alta, grabadas en podcast o en video casero, compartidas o comentadas, han contribuido a dar vida a los textos y a los personajes. Las recomendaciones boca a boca han contribuido al posicionamiento de estos libros en bibliotecas y en maletas viajeras.

Sin duda, el premio —ahora solamente convocado por la Fundación SM— ha servido para dar más más fuerza y visibilidad al ecosistema del libro infantil en Colombia. Algo que agradecemos inmensamente.

Carlos Sánchez Lozano

Referencias

- Carreño Castillo, A. (2013). *Una carta para Luciana*. Bogotá: Ediciones SM.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (2013). ¡Basta ya! *Colombia: memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: CNMH.
- García Márquez, G. (2014, 3 de abril). Dos o tres cosas sobre la novela de la violencia. *Arcadia*. Recuperado de <http://bit.ly/2xsfww0>
- González, L. (2013). Rebeldes, adoptados y transgresores: libros infantiles en la literatura colombiana. Breve recorrido por temáticas realistas. En Demlová, J. y Mica, S. (Eds.), *Héroe y antihéroe en las literaturas hispánicas* (pp. 79-94). Liberec: Universidad Técnica de Liberec. Disponible en <http://bit.ly/2QSY7Y>
- Jaramillo, J. F. (2015). *Summer Wine*. Bogotá: Ediciones SM.
- Leal Quevedo F. (2009). *El mordisco de la medianoche*. Bogotá: Ediciones SM.
- Martínez Camacho, C. (2010). *James no está en casa*. Bogotá: Ediciones SM.
- McCormick, M. I. (2009). *Patricio Pico y Pluma en la extraña desaparición del doctor Bonett*. Bogotá: Ediciones SM.
- Meneses Claros, G. (2012). *La luna en los almendros*. Bogotá: Ediciones SM.
- Rama, A. (2006). *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Medellín: Universidad de Antioquia.
- Romero Pacheco, I. (2017). *El abuelo rojo*. Bogotá: Ediciones SM.
- Serna, A. (2018). *Adiós, Oscurita*. Bogotá: Ediciones SM.
- Torres Sanmiguel, J. F. (2015). *Por favor, ¡no leas este libro!* Bogotá: Ediciones SM.
- Velásquez Guiral, M. (2016). *Se resfriaron los sapos*. Bogotá: Ediciones SM.